

Corrupción: un mal endémico y generalizado

17/06/2022

En su libro “La máquina de la corrupción” publicado en 2019, la abogada especializada Natalia Volosin se hace preguntas tales como ¿Por qué a los argentinos se nos considera corruptos? ¿La corrupción es una excusa de la derecha? ¿Es un mal de la izquierda? ¿Es un rasgo cultural que llevamos en la sangre o responde a fallas estructurales de nuestra democracia? ¿Las empresas son víctimas de los políticos o son parte del problema? ¿Por qué la justicia no lo resuelve? ¿Qué tiene que ver la corrupción con nuestra historia de autoritarismo y subdesarrollo? ¿Cómo afecta a los más vulnerables? En su análisis del pasado y de la actualidad, Volosin estima que a la máquina de la corrupción no le importa el modelo económico ni el partido que gobierna.

La primera conclusión de la configuración histórica de la máquina de la corrupción argentina es que estamos ante un problema estructural y fundacional íntimamente vinculado a nuestra saga de desarrollo inverso. No hubo un solo momento de la historia en que la corrupción funcionara como un problema exclusivamente público o privado. El poder político y el económico aparecen como elementos inseparables del mismo fenómeno, por lo que es absurdo sostener los prejuicios que aún predominan en los debates que tenemos sobre el tema.

Otra lección general es que, como era de esperarse, las elecciones no sirven para controlar la corrupción. Ya sea por los límites propios de las acciones colectivas, por frustración, hipocresía o simplemente porque se priorizan intereses y preferencias que algunos consideran incompatibles con la honestidad, no parece que los electores castiguen la corrupción.

Por último, la arqueología de la corrupción argentina muestra que, más allá del hiperpresidencialismo, la estructura del

sector privado contribuyó de manera directa tanto a la inestabilidad política como al funcionamiento ininterrumpido de la maquinaria corrupta.

Para la autora estamos, como a fines de los 90, ante una gran oportunidad de atacar en serio un conflicto que no resiste más improvisación ni hipocresía. Para hacerlo, propone reformas institucionales profundas y una salida por arriba de la grieta. Es hora de preguntarnos, de verdad y todos sin distinción, si queremos seguir viviendo al margen de la ley.